

CAPÍTULO XLVI

Cómo se ganó la ciudad de Toledo.

Las continuas correrías y entradas que los fieles hacían por las tierras de Toledo, las talas, las quemadas, los robos traían tan cansados á los moros de aquella ciudad, que no sabían qué partido tomar ni dónde acudir. Los cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad, no cesaban de solicitar al rey D. Alonso para que, juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre aquella ciudad. Prometían, si lo hiciese, de abrirla luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas; los ánimos cansados de guerra tan larga; estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del rey y el deseo que todos tenían de llevar al cabo aquella conquista; hicieronse nuevas y grandes levadas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinación de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte, que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido.

Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los príncipes comarcanos;

grandes efectos se hacen cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosa que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demas de los castellanos, leoneses, vizcainos, gallegos, asturianos, todos vasallos del rey D. Alonso, acudieron en primer lugar el rey D. Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente; asimismo socorros de Italia y de Alemania, movidos de la fama desta empresa que volaba por todo el mundo. De los franceses, por estar más cerca, vino mayor número; gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabajos; mas porque en esta y otras guerras contra moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avecindarse y poblar en ella, los reyes les otorgaron muchas exenciones y franquezas; ocasion, segun yo pienso, de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente francos á los hombres generosos, como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la vía de Toledo muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda.

El rey moro, avisado del intento de los ene-



migos, de sus apercebimientos y aparato, y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenía soldados, vituallas y municiones; faltábale el más fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenía confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales, con grande maravilla de la naturaleza, rompe el río Tajo y da vuelta á toda la ciudad, de tal suerte, que por tierra deja sola una entrada para ella á la parte del Septentrion y del Norte de subida empinada y agria, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto y otra tirada por lo más bajo. Para cercar la ciudad por todas partes, fué necesario dividir la gente en siete escuadrones con otras tantas estancias que fortificaron á ciertos espacios á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socorros ni vituallas. El rey con la mayor parte de la gente asentó sus reales y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad.

Todos, así moros como cristianos, mostraban grande ánimo y deseo de venir á las manos: cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; sólo se echaba de ver que los moros en la pelea de á pié no igualaban á los cristianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacían ventaja en la destreza que tenían por larga costumbre de acometer y retirarse, y volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas é ingenios para batir y arrimarse á la muralla, y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios dado que ponían espanto, y hacían maravillar á los moros por no estar acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios

altos y muchos que la defendían. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacia se cansaban los cristianos, de suerte que deseaban tomar algún asiento para levantar el cerco sin perder reputacion. Apretábalos la falta que padecían de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados á proveerse de muy léjos de vituallas para los hombres y forraje para los caballos. Los calores del verano comenzaban: por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moría mucha gente.

Hallábanse en este aprieto, cuando San Isidoro se apareció entre sueños á Cipriano, obispo de Leon, y con semblante ledo y grave y lleno de majestad le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince dias saldrían con la empresa, porque Dios tenía escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el obispo al rey, dióle parte de aquella vision tan señalada: con que los soldados se animaron para pasar cualquier mengua y trabajo por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así que los cercados padecían á la misma sazón mayor necesidad y falta de todo, tanto, que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias, por tener consumidas las vituallas; hallábanse, finalmente, en lo último de la miseria y necesidad; ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni excusaban trabajo ni temían de ponerse á cualquier riesgo. Acordaron persuadir al rey moro tratase de conciertos: apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa real, y con grandes alaridos requirieron al rey moro ponga fin á trabajos y cuitas tan grandes ántes que todos juntos pereciesen, y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad.

Alteróse el rey moro con aquella demanda y vocería de los suyos, que más parecía motín y fuerza; sosegóse empero, y hablóles en esta sustancia: «Bueno es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y saludables; pero advertid so color de paz no nos hagamos esclavos. Á la paz acompañan el reposo y la libertad: la servidumbre es el mayor de los males, y que se



»debe rechazar con todo cuidado con las armas y con la vida, si fuere necesario. Gran mengua y muestra de flaqueza no poder sufrir la necesidad y falta por un poco de tiempo. Más fácil cosa es hallar quien se ofrezca á la muerte y á perder la libertad, que quien sufra la hambre. Yo os aseguro que si os entreteneis por pocos días y no desmayais, que saldéis deste aprieto: ca los enemigos forzosamente se irán, pues padecen no ménos necesidad que vos, y por ella y otras incomodidades cada día se les desbandan los soldados y se les van; además que muy en breve nos acudirán socorros de los nuestros, que cuidan grandemente de nuestro trabajo.»

No se quietaron los moros con aquellas razones: el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecía usarian de fuerza, y que todos juntos, si no otorgaba con ellos irían á abrir al enemigo las puertas de la ciudad: grande aprieto y congoja; así forzado el moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedían sus vasallos. Salieron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes, en presencia del rey D. Alonso le representaron sus quejas: acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos, y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores: despues desto le dijeron que si bien entendían, no era menor la falta que padecían en los reales, que dentro de la ciudad todavía vendrían en hacer algun concierto, como fuese tolerable, hasta pagar las párias y tributo que se asentase.

Á esto respondió el rey que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término, que á ménos de entregarle la ciudad, no daría oídos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos días. La falta crecía en la ciudad, y la hambre, que de cada día era mayor. Los nuestros estaban animados de ántes, y de nuevo más porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto.

Finalmente, los moros vinieron en rendir la ciudad con las condiciones siguientes: El al-

cázar, las puertas de la ciudad, las puentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del rio Tajo) se entreguen al rey D. Alonso: el rey moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él más quisiere; la misma libertad tengan los moros que le quisiesen acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menaje: á los que se quedaren en la ciudad, no les quiten sus haciendas y heredades, y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias: no les puedan poner más tributos de los que pagaban ántes á sus reyes: los jueces, para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nacion y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales, moros y cristianos.

Hecho esto, y tomado este asiento en la forma susodicha, el rey D. Alonso, alegre cuanto se puede pensar, por ver concluida aquella empresa y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de triunfador, hizo su entrada, y se fué á apearse al alcázar á veinticinco de Mayo, día de San Urban, papa y mártir, el año que se contaba de nuestra salvacion de mil ochenta y cinco. Algunos deste cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios reales, en que por aquel tiempo el rey D. Alonso se llamaba rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de moros por espacio como de trescientos sesenta y nueve años (Juliano dice trescientos sesenta y seis, y que los moros la tomaron año de setecientos diez y nueve, el mismo día de San Urban), en que por ser los moros poco curiosos en su manera de edificar, y en todo género de primor, perdió mucho de su lustre y hermosura antigua. Las calles angostas y torcidas, los edificios y casas mal trazadas, hasta el mismo palacio real era de tapiería, que estaba situado en la parte en que al presente un hospital muy principal que los años pasados se levantó y fundó á costa de D. Pero Gonzalez de Mendoza, cardenal de España, arzobispo de Toledo. La mezquita mayor se levantaba en medio de la ciudad, en un sitio que va un poco



cuesta abajo, de edificio por entónces ni grande ni hermoso: poco adelante la consagraron en iglesia, y despues desde los cimientos la labraron muy hermosa y muy ancha.

La fama desta victoria se derramó luégo por todo el mundo, que fué muy alegre para todos los cristianos por haber quitado á los moros aquella plaza, que era como un baluarte muy fuerte de todo lo que poseían en España. Acudieron embajadores de todas partes á dar el parabien y alegrarse con el rey, así por lo hecho, como por la esperanza que se mostraba de concluir con todo lo demas que quedaba por ganar. Partiósese el rey moro conforme al asiento que se tomó, acompañado de soldados, para Valencia, que era suya, en que conservó el nombre de rey. Por otra parte, diversas compañías de soldados, por orden de su rey, se derramaron por toda la comarca y reino de Toledo para allanar lo que restaba, que les fué muy fácil por estar los moros amedrentados, y por ver que perdida aquella ciudad tan principal, no se podía conservar. Ganaron, pues, muchas villas y lugares: los de más cuenta fueron Maqueda, Escalona, Illescas, Talavera, Guadaluajara, Mora, Consuegra, Madrid, Berlanga, Buitrago, Medinaceli, Coria, pueblos muchos dellos antiguos, y que caían cerca de Toledo, fuertes y de campaña fresca, en que se dan muy bien toda suerte de mieses y frutales.

Los moros de Toledo unos acompañaron á su rey, los más se quedaron en sus casas. El número era grande, y por consiguiente el peligro de que con alguna ocasion se levantasen, que fuera nuevo y notable daño. Para evitar este inconveniente acordó el rey hacer allí su asiento de propósito, sin mudar la córte hasta tanto que se poblase bien de cristianos, y que con nuevos reparos quedase bastantemente fortificada y segura. Convidó por sus edictos á todos los que quisiesen venir á poblar, con casas y posesiones: con esto acudió gran gente para hacer asiento en aquella ciudad. Entre los demas nuevos moradores cuentan á D. Pedro,

griego de nacion, de la casa y sangre de los Paleólogos, familia imperial de Constantinopla, de quien refieren se halló en este cerco, y que el rey, en recompensa de sus servicios, despues de ganarla la ciudad le heredó en ella: y dió casas y heredades con que pasase. Deste caballero se precian descender los de la casa de Toledo, gente muy noble y poderosa en estados y aliados. Hijo deste D. Pedro fué Illan Perez, nieto Pedro Illan, biznieto Estéban Illan, cuyo retrato á caballo se ve pintado en lo alto de la bóveda de la iglesia mayor, detras de la capilla y altar más principal. D. Estéban fué padre de D. Juan y abuelo de D. Gonzalo, aquel cuyo sepulcro, muy señalado y conocido, se ve en la parroquia de S. Roman.

Añaden que desde este tiempo se comenzó á llamar así el barrio del rey en Toledo, á causa que á los nuevos moradores que acudian á poblar, señaló el rey aquella parte de la ciudad para su morada. Dióse otrosí principio á la fábrica de un nuevo alcázar en lo más alto de la ciudad, todo á propósito de enfrenar á los moros que no se desmandasen. Demas desto se halla que el rey D. Alonso, en adelante se comenzó á intitular emperador: si con razon ó sin ella, no hay para qué disputallo. Hallábase sin duda muy ufano con aquel nuevo reino que conquistára, y como se via señor de la mayor parte de España, y el rey de Aragon y otros reyes moros tributarios, ningun título le parecia demasiado. Destemplósele aquel contento por la muerte de la infanta doña Urraca, que finó por este tiempo, y él la tenía en lugar de madre porque sus virtudes y prudencia lo merecían, demas que su padre se la dejó mucho encomendada. Quedaba la otra hermana, doña Elvira, que él mismo casó con el conde de Cabra. La causa deste casamiento fué cierta palabra áspera que le dijo, y para aplacalle y que no se levantase algun alboroto, acordó casarle con su misma hermana. Así lo cuenta la historia general que anda en nombre del rey don Alonso el Sabio.



CAPITULO XLVII

Cómo D. Bernardo fué elegido por arzobispo de Toledo.

Ninguna cosa más deseaba el rey que volver en su antiguo lustre y resplandor, y honrar de todas maneras aquella nobilísima ciudad, columna que era de España y alcázar en otro tiempo de santidad, y silla del imperio de los godos. Comenzó luego á dar muestras que quería poner arzobispo en ella, sin el cual estuvo tantos años por la turbacion de los tiempos. Al principio no puso mucha fuerza, porque los moros aún no bien domados lo contradecian. Pasado más de un año, ya que muchos cristianos moraban en la ciudad, y de los moros se tenía más noticia de cuáles se debian temer y de cuáles se podian fiar, para hacerlo con más autoridad, y que los moros tuviesen ménos lugar de alborotarse, procuró se celebrase concilio: los grandes y los obispos se juntaron á diez y ocho de Diciembre, año de mil ochenta y seis. En aquella junta lo primero dieron gracias á la divina bondad, por cuyo favor la cristiandad recobró tan principal ciudad: cada uno, segun el caudal que tenía, autoridad y elocuencia, lo encarecía con las mayores palabras que podía. Luego se trató de elegir arzobispo de Toledo: salió por voto de todos nombrado D. Bernardo, abad que era de Sahagun, hombre de muy buenas costumbres y suaves, de muy buen ingenio, de doctrina

aventajada, entereza y rectitud probada en muchas cosas, y en quien resplandecía un ejemplo y dechado de la virtud antigua. Esto fué causa de ganar las voluntades de todos para que quisiesen por su prelado á un hombre extranjero nacido en Francia.

Pasa el rio Garona por la ciudad de Aagen en Aquitania, hoy Guiena: cerca desta ciudad está un pueblo llamado Salvitat. Deste pueblo fué natural D. Bernardo, nacido de noble linaje: su padre se llamaba Guillermo, su madre Neymiro, personas tan pías, que ambos, segun que se saca de memorias de la iglesia de Toledo, acabaron sus dias en religion. El hijo de su mocedad anduvo en la guerra; ya que era de más edad, entró en el monasterio de San Aurancio Auxitano ó de Aux; allí tomó el hábito y cogulla con gran deseo que tenía de la perfeccion. Parece que aquel monasterio era de cluniacenses, porque de allí le llamó Hugo abad cluniacense, y por el mismo fué enviado á España al rey D. Alonso para que reformase con nuevos estatutos y leyes el monasterio de Sahagun, que pretendia el rey hacer cabeza de los demas monasterios de Benitos de sus reinos: por esta causa pidió á Hugo le enviase un varon á propósito desde Francia; y como fuese enviado D. Bernardo, tomó cargo de aquel mo-

nasterio y fué en él abad algun tiempo. Dende subió á la dignidad amplísima de arzobispo de Toledo: y para que tuviese más autoridad, porque tanto es uno honrado y tenido, cuanto tiene de mando y hacienda (la dignidad y oficio sin fuerzas se suele tener en poco), hizo el rey donacion á la iglesia de Toledo, de castillos, villas y aldeas en gran número, que fué el postrero acto del concilio ya dicho.

Dióle la villa de Brihuega, que fué del rey D. Alonso en el tiempo de su destierro por donacion que el rey moro le hizo della, á Rodillas, Canales, Cavañas, Coveja, Barciles, Alcolea, Melgar, Almonacir, Alpobrega. Así lo escribe D. Rodrigo: la historia del rey D. Alonso el Sabio añade á Alcalá y Talavera, las cuales dice que dió con lo demas al arzobispo; pero los más doctos tienen esto por falso. Destos pueblos algunos son conocidos, de otros ni aun los nombres quedan: todo lo consume y hace olvidar la antigüedad. Yo no quise ponerme á adivinar los sitios y rastros de cada uno destos pueblos, ni tenía espacio para averiguallo. Hizo otrosí donacion el rey á la iglesia de Toledo de muchas huertas, molinos, casas en gran número y tiendas, para que con la renta que destas posesiones se sacase, se sustentasen los sacerdotes y ministros de la iglesia mayor: así por memoria de todo esto le hacen en ella al rey D. Alonso cada año un aniversario por el mes de Junio. Hecho esto, se acabó y despidió el concilio.

El rey, dado que hobo orden en las cosas de la ciudad, se partió para Leon por respetos que á ello le forzaban. La reina doña Constanza y el nuevo arzobispo de Toledo quedaron en la ciudad con gente de guarnicion. Los cristianos eran muy pocos en comparacion de los moros, si bien para el poco tiempo eran hartos. Parecía con estos apercebimientos y recado quedaba la ciudad segura para todo lo que podía suceder. Lo que prudentemente quedaba dispuesto, la temeridad digamos del nuevo prelado ó imprudencia, ó lo uno y lo otro, por lo ménos su demasiada priesa, lo desconcertó, y puso la ciudad en condicion de perderse. La silla del arzobispo por entónces estaba en la iglesia de Nuestra Señora, que agora es monasterio del

Cármén, como han averiguado personas curiosas. Los moros tenían la Iglesia Mayor, y en ella hacian las ceremonias de su ley. Parecía mengua y afrentoso para los cristianos y cosa fea que en una ciudad ganada de moros los enemigos poseyesen la mejor iglesia y de más autoridad, y los cristianos la peor. Lo que alguna buena ocasion hiciera fácil, por la priesa de D. Bernardo se hobiera de desbaratar. Comunicado el negocio con la reina, determina con un escuadron de soldados tomarles una noche su mezquita. Los carpinteros que iban con los soldados abatieron las puertas; despues los peones limpiaron el templo, y quitaron todo lo que allí había de los moros; hiciéronse altares á la manera de los cristianos, en la torre pusieron una campana, con el són llamaron al pueblo y le convocaron para que se hallase á los oficios divinos.

Alborotáronse los bárbaros con esta novedad, y por la mengua de su religion y ritos de su secta furiosos, apénas se pudieron enfrenar de no tomar las armas y con ellas vengar aquel agravio tan grande. Dia fuera aquel triste y aciago, si nuestro Señor Dios no estorbára el daño que los moros pudieran hacer, porque eran muchos más que los fieles. Entretuviéronse por pensar que aquello se había hecho sin que el rey lo supiese; esto les era algun consuelo y alivio; unos se refrenaron con esperanza que serian vengados, otros por no ponerse á riesgo si venian á las manos. Al rey, luego que supo el caso, le pesó mucho: que el arzobispo con su demasiada priesa hobiese quebrantado el asiento puesto con los moros, y hecho poco caso de su fe y palabra real. Representábasele cuánto peligro podian correr las cosas por estar tan enojados los moros; temia no sucediese algun daño á la ciudad; poníasele delante la inconstancia de las cosas del mundo, cuán presto se mudan en contrario. Vino muy de priesa á Toledo, y con tanta velocidad, que desde el monasterio de Sahagun, do estaba, y donde recibió la nueva de lo que pasaba, se puso en tres dias en Toledo, mal enojado en gran manera: hacia grandes amenazas contra el arzobispo y contra la reina, no admitia ruegos de nadie, con ninguna diligencia se aplacaba su muy en-



cendida saña, venia con determinacion de hacer un señalado castigo por tal osadia, con que los moros quedasen satisfechos y todos escarmentasen. Los principales de Toledo, sabida la venida del rey y su intento, le salieron al encuentro cubiertos de luto, el clero en forma de procesion; llegados á su presencia, con lágrimas que derramaban le suplicaron por el perdón; ningun efecto hicieron por venir muy indignado y resuelto de castigar aquel desacato.

Proveyó Dios á tanto mal como se temia, por otro camino no pensado. Los principales de los moros, mitigado algun tanto el dolor y saña que les causó aquel agravio, cayeron en la cuenta que no les venia bien si el rey llevaba adelante su saña. Advertian que él podia faltar, y el odio contra ellos quedaria siempre fijado en los pechos de los cristianos. Acordaron salir al encuentro al rey y suplicalle diese perdón á los culpados en aquel caso. Llegaron á Magan, que es una aldea cerca de la ciudad, con semblantes tristes y los ojos puestos en el suelo. Combatíanlos diversas olas de pensamientos contrarios, el dolor de la injuria presente, el miedo para adelante.

Arrodilláronse luégo que el rey llegó, con intento de aplacarle con sus razones y ruegos; mas él los previno: díjoles que aquella injuria no era dellos, sino desacato de su real persona, que por el castigo entenderian ellos y los venideros que la palabra real se debe guardar, y ninguno ser tan osado que por su antojo la quebrante. Á esto los moros en alta voz comenzaron á pedir perdón, que ellos de corazón perdonaban á los que los agraviaron. Reparó el rey algun tanto por ser aquella demanda tan fuera de lo que pensaba. Entónces, el que era de más autoridad entre aquella gente, le habló en esta manera: «Cuán grande, »rey y señor, haya sido el dolor que recibimos »por la mezquita que por fuerza nos quitaron, »contra lo que teníamos capitulado, cada uno »lo podrá por sí mismo pensar; no será necesario detenerme en declarallo. La devocion del »lugar y su estima nos movia, pero mucho »más el recelo que deste principio no menos »cabasen la libertad, y nos quebrantasen lo que »con nos teneis asentado. ¿Quién nos podrá

»asegurar que lo que hicieron con nuestra »mezquita, no lo ejecuten en nuestras casas »particulares, y las saqueen con todas nuestras »haciendas? ¿Qué conciencia ni escrúpulo enfrenará á los que no enfrenó el juramento y »la palabra real, y los que tienen por cierto »que en tratarnos mal hacen un agradable »servicio á Dios? Esto conviene asegurar para »adelante, que no nos maltraten ni nos quebranten nuestros privilegios. Por lo demas, »de buena voluntad perdonamos á la reina y al »arzobispo el agravio que nos han hecho: lo mismo os suplicamos hagais, porque el castigo que tomáredes no nos acarree mayores daños, »ca los que vinieren adelante, despues de vos »muerto, no sufrirán que tales personajes, si »les sucede algun daño, queden sin venganza. »Por la mano real y palabra que nos distes, os »pedimos troqueis la saña que por nuestra causa teneis concebida, en clemencia; que demas »que nos damos por contentos y os certificamos la tendrémos por merced muy singular, »si no otorgais con nuestra peticion, resueltos »estamos de no volver á la ciudad, ántes de »buscar otras tierras en que sin peligro vivamos. No es razon que por dar lugar al sentimiento, y por hacernos favor y vengarnos, »acarreeis á nos mayores daños, á vos perpetua tristeza y llanto, á vuestra ley mengua y »afrenta tan señalada.»

En tanto que el moro decia estas razones, los demas, arrodillados, puestas las manos, y con lágrimas que de los ojos vertian, con el semblante y meneos suplicaban lo mismo. En el pecho del rey combatian diversos sentimientos y contrarios, como se echaba de ver en el rostro demudado, ya triste, ya alegre. Finalmente, la razon venció el ímpetu de su ánimo: consideraba que Dios es el que rige los consejos de los hombres y los endereza; que muchas veces de los males que permite resultan bienes muy grandes. Vencido, pues, de los ruegos de los moros, les agradeció aquella voluntad, y prometió que para siempre tendria memoria de aquel dia. Pasó adelante en su camino, llegó á la ciudad, halló á la reina y al arzobispo alegres por la esperanza que tenían de alcanzar perdón, con que aquel dia de turbio y desgra-



ciado, se trocó en mucha serenidad. La ciudad hizo de presente regocijos y fiestas por tan señalada merced; y para adelante se ordenó que en memoria della se hiciese fiesta particular cada un año, á veinticuatro de Enero, con nombre de Nuestra Señora de la Paz; y por me-

moria de un beneficio tan grande como en tal dia todos recibieron, si bien no sólo aquel dia se hace fiesta y memoria desto, sino eso mismo de la casulla que á San Ildefonso trajo del cielo la sagrada Virgen.

CAPITULO XLVIII

... de la ciudad... se trocó en mucha serenidad... para adelante se ordenó que en memoria della se hiciese fiesta particular cada un año, á veinticuatro de Enero, con nombre de Nuestra Señora de la Paz; y por me-

... memoria de un beneficio tan grande como en tal dia todos recibieron, si bien no sólo aquel dia se hace fiesta y memoria desto, sino eso mismo de la casulla que á San Ildefonso trajo del cielo la sagrada Virgen.